

Convención de Ottawa

Embajador Ángel Lockward

Jefe de la Delegación de la República Dominicana

Cartagena de Indias 4 de nov./2009

*Señora Presidenta
Altezas Reales
Jefes de Delegación
Embajadores
Señoras y señores*

Vengo de la ciudad más vieja del continente, en consecuencia, soy del vecindario, pero algunos de ustedes han cruzado los grandes océanos, vienen desde muy lejos y debo informarles, que en mi país no tenemos minas, nunca las hemos tenido y, espero, que jamás las haya: República Dominicana viene en solidaridad a robustecer este escenario en donde se puede ejercer el Derecho Internacional Humanitario, por eso es Parte de esta Convención.

No voy a abrumarles con las estadísticas que tan eficaz y dolorosamente, han sido presentadas por quienes me han antecedido en el uso de la palabra: 73,576 (1999-2008) víctimas en todo el mundo, casi 9,000 en América y más de 8,000 en Colombia. Y, eso, no es lo peor: hay millones que padecen el miedo de no saber si en el predio agrícola en que trabajan, si en el patio de la escuela en donde estudia su hijo, hay una mina enterrada, que los puede hacer volar por los aires, matándole o dejándole minusválido para el resto de sus vidas.

Por eso, saber que ya casi no se están fabricando, que muchos países han destruido sus inventarios, que otros ya están libres y algunos piden prórroga para completar la tarea, dentro del protocolo acordado, es una noticia que llena de alegría al mundo: queremos a la tierra, el planeta de todos, sin minas.

Los muertos y los heridos, se han reducido; 42 millones de minas han sido destruidas, empero, el peligro no ha desaparecido: aún mueren miles cada año y todavía, hay gran temor en las zonas afectadas por esta práctica y, faltan Estados por entrar a la Convención, aunque algunos de ellos, ya están

aplicando las medidas adoptadas por ésta y, hemos tenido la suerte de que en esta reunión estén Estados Unidos y Polonia, entre otros. Todavía falta mucho dinero para apoyar a las víctimas.

Las armas, aunque muchas veces sean necesarias, casi siempre son malas; pero de todas, La Mina, es la más cobarde: no apunta con valor a nadie, simplemente mata y mutila sin discriminar entre combatientes y civiles, sean éstos mujeres, niños o ancianos, que no forman parte del conflicto. Muchas veces, su objetivo es ATERRAR y, no hay honor, en el terror: las minas, hoy, no tienen justificación. De ese tema, sin embargo, otros más autorizados, ya les hablaron.

Señores delegados, mis palabras apuntan en otro sentido; los he oído, con justicia a lo largo de dos días, al Gobierno por la excelente organización del evento y, ayer a mediodía, los jefes de delegación tuvimos la ocasión de oír al Señor Presidente, Álvaro Uribe, congratular por su esfuerzo en este tema, al Vicepresidente Santos.

Humildemente me dirijo a Sus Excelencias como un testigo más, de algo, que ustedes también lo son: he andado conduciendo un automóvil grandes distancias en Colombia, he venido de Bogotá a Barranquilla en auto, he ido de Bogotá a Medellín entre otras largas rutas antes impedidas y en todas partes, encontré gente buena y alegre que desea la paz; ustedes han visto las calles de Cartagena y han compartido bienvenidas con su gente, anoche mismo nos confundimos con ellos en una fiesta de color, música y esperanza en un avance del Carnaval de Barranquilla que funde culturas de todos los continentes

Por ese, entre otros motivos, como testigos del derecho que tienen los colombianos a vivir, no sólo sin minas, sino especialmente en paz, les pido que al cierre de los debates, el aplauso – merecido - no sea para los organizadores, sino para Colombia y su gente, para que en los confines más remotos de la tierra se enteren, que en Colombia, el riesgo, es que te quieras quedar porque cada día, sobreponiéndose a un pasado violento, trabajan y sueñan por la paz y reciben a todo el mundo con un abrazo de hermanos.

Excelencias, muchísimas gracias